

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—Las Ruinas de Jerusalem, poesía, por A. Aparici Guijarro.—Paulina Rubens, novela, por E. B.—La Cruz del monte Taver, por F. de P. Capella.—Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

(Continuación.)

Susana cogió precipitadamente el fuelle, manejándolo con tanta majestad como una reina su cetro de oro.

Tú sabes como convertíamos en campo de Agramante la cocina cuando hacíamos nuestras tortas; pero allí la cocinera que se cuidaba poco de que las cosas estuviesen bien ó mal, y que sabía que si no me daba gusto, mi madre la hubiera echado, se reía con nosotros y nos ayudaba á revolverlo todo.

No sé cuantas cazuelas y cuantos platos ensucie, porque echaba mano de los que mejor me parecía sin cuidarme de volverlos á su sitio, rompí una fuente y llené de grasa la mesa y el suelo.

A cada una de mis torpezas, Susana, en vez de acudir á mi socorro, se reía con un aire tan socarrón, que me daban tentaciones de estamparla la masa en la frente.

—Si esto durase mucho, murmuró por fin estallando, me iba, aunque fuese á comer yerba á los montes.

—Yo creía que los criados estaban en las casas para obedecer á sus amos, la repliqué sin poderme contener.

—Eso es cuando los amos mandan á tiempo y con razón.

—¿Es sin razón querer hacer una torta para obsequiar á la abuela?

—Es que se hacen cuando es hora de hacerlas!

—Las hago cuando me acomoda!

—Y á mí no me acomoda aguantarlo.

Esto lo dijo entre dientes pero yo lo oí.

—Es usted una desvergonzada, grité, y no sé como la abuela puede sufrirla...

—Es que la señora tiene otro modo. Hace mas de veinte años que estoy con ella y estaría toda la vida, pero con usted...

—Váyase usted, pues, ahora mismo!

Susana se quedó petrificada al oír estas palabras.

Tendió los brazos hácia adelante y se tambaleó como si estuviese ébria.

Pero la impetuosidad de su carácter triunfó al fin de su emocion. Se abalanzó á su cuarto que estaba inmediato á la cocina, hizo un lío con su ropa mas precisa y se dirigió á la puerta; pero al trasponer su dintel se detuvo como herida del rayo; dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo y prorrumpió en sollozos.

Yo no sabia qué hacer.

IX.

Por fortuna, mi querida Julia, en aquel instante entró María.

—Ven, ven, papá está aquí, me dijo. Tú no sabes, llueve mucho, y está todo mojado. Quiere otra ropa, ven.

Yo bendije á María, á mi marido, á la lluvia, y salí precipitadamente de la cocina.

En efecto, con mis enormes trabajos culinarios no habia echado de ver que se habia nublado el cielo y habia estallado una furiosa tempestad. Eduardo venia todo calado.

—Quisiera mudarme, me dijo, mirándome con cierta desconfianza.

Yo daba vueltas en mis manos á las llaves, tan descorazonada como él.

—Yo te enseñaré donde la abuelita tiene esas cosas, me dijo la niña, ven...

Y me llevó á un cuarto en donde habia cuatro armarios descomunales. Abrí el primero: todo estaba en el mas perfecto orden; pero no sacaba mas que sábanas, almohadas y toallas. Entonces empezó á apoderarse de mi espíritu el vértigo y la impaciencia: fui tirando de aquí y de allá lo que me parecia, volviendo á meter las cosas sin doblarlas, y acabé por

hacer un revortijo tal, que á buen seguro la pobre abuela necesitaria un dia para volver á ordenarlo.

Lo peor del caso fué que no hallé lo que buscaba, y lo mismo me sucedió con los otros tres armarios, porque metia las manos á la ventura, y amontonaba unos objetos sobre otros, sin orden ni concierto.

En medio de mi desesperacion divisé un enorme cesto que estaba cubierto con un paño. Me abalancé á él y saqué, con una alegría inesplicable, una camisa, unos calzoncillos y unas medias, que me apresuré á llevar á mi marido; pero mi triunfo se cambió en pesar, cuando ví que cada uno de aquellos objetos tenia más agujeros que una bandera tomada al enemigo sobre el campo de batalla. Sin duda los habia sacado de entre la ropa que estaba para coser.

Eduardo no pudo reprimir un gesto de disgusto, y yo me puse encendida de vergüenza.

Tambien quiso mudarse de levita, y despues de buscar mucho, le llevé una, que sin duda habia pertenecido á su tatarabuelo. Tan ridícula estaba!

Cuando Eduardo se hubo disfrazado así, se dispuso á pasar al comedor.

—¿Pues qué hora es? le pregunté aterrada.

—Toma! las cuatro: la lluvia me ha retrasado....

Un sudor frio cubrió mi frente.

¿Qué haria? ¿Estaria Susana ó se habria marchado? Y si no se habia marchado, ¿se hallaria ya dispuesta la comida? Ir á preguntárselo, me parecia que era rebajarme, y en este apuro recurrí otra vez á María, que ya me habia sacado de tantos.

La niña fué y volvió casi al instante, diciendo con aire mohino.

—Aun no está puesta la sopa...

—Son las cuatro! dijo lacónicamente mi marido.

Y empezó á pasearse.

Yo no sabia qué hacer: hubiera dado la mitad de mi vida para que el tiempo tuviese alas y se redujese á un solo instante.

En medio de mi angustia, ví al gatazo negro que atravesó la sala y fué á posarse enci-

ma de una silla, fijando sus ojos en mí, como si se burlase todavía.

—Pícaro gato, pensé, él tiene la culpa de todo!

Sin el destrozo del armario yo no hubiera llamado á Susana, ni me hubiera ocurrido la malhadada idea de bajar á la cocina.

Mas ¡ay! que el gato no hubiera entrado en el armario, si yo no lo hubiese dejado abierto!

En aquel instante, el impasible reloj, tan desapiadado como el gato negro, dió las cuatro y media.

—Las cuatro y media! repitió mi marido como un eco lúgubre.

—Vé á ver si está ya la comida, le dije en voz baja á Maria que jugaba en un rincon del cuarto con su hermano.

La niña fué y volvió tan pronto como la vez primera.

—Aun no, me dijo, meneando su graciosa cabecita. Susana llora, llora y llora, que dá miedo verla. Tiene los ojos que parecen de sangre.

Aunque la niña hablaba en voz baja, Eduardo lo oyó.

—¿Y por qué llora? preguntó parándose de repente.

Yo bajé la cabeza sin responder; pero aunque mis ojos estuviesen clavados en el suelo no dejé de notar que hacia un gesto de impaciencia.

El implacable reloj dió las cinco, luego las cinco y media, luego las seis, y cada vez que daba su campana metálica me hacia la sensación que debe experimentar el reo puesto en capilla, al contar los momentos que le acercan al cadalso, y cada vez que daba, Eduardo repetía la hora con acento mas lúgubre y sombrío.

(Continuad.)

Angela Grassi.

LAS RUINAS DE JERUSALEN.

ELEGIA.

¿Porque tan tristes, como tan desiertas,
las calles de Sion?... ¡Oh templo santo!
¿quién ajó tu belleza y tu decoro?
¿quién destrozó tus sacrosantas puertas?
¿quién en místico silencio el dulce canto,
y en oscuro metal convirtió el oro?

¿A dónde tu tesoro
Sion?... sombra liviana
tu pompa soberana...

Ajado el cedro, cuya frente hermosa
se alzaba con orgullo y audaz brio
cubriendo el suelo de verdor sombrío;
pálida está de Jericó la rosa
y marchitas las flores del Carmelo,
delicias de David, amor del cielo.

¡Sion, triste Sion!... mira angustiadas
á tus hijas llorando... á tus ancianos
del inmenso dolor desfallecidos;
contempla en las regiones apartada
tus hijos estendiendo á tí sus manos,
del cielo y de la tierra aborrecidos.
¡Son vanos tus gemidos,
Jerusalén! Un día
en la ribera umbría
del Eufrates, con hierros lastimados
tus infelices hijos ¡ay! colgaban
de los sauces las arpas, y lloraban...
Mas ¡ah! tal deaventura que aun te asombra
imagen fugáz es, y débil sombra.
¿Y eres tú, hija de Dios, quien tras victorias
cantaba el himno célico, y el manto
rico ceñía y el laurel radiante,
como cuando en el día de sus glorias
dedicó Salomón el templo santo,
con las perlas y el oro centellante?
¿Salve ¡oh, reina triunfante!...
Mas ¡ay! que ora enlutada
cual viuda desolada,

¡Jerusalén, Jerusalén! te miro.
¡Jerusalén! ¿Dónde es ida tu hermosura?
ceñida estas con manto de amargura,
el corazón cercado de suspiro;
y humillada la frente vencedora,
hoy esclava infeliz, ayer señora.

¡Llorad, cedros del Líbano!... en quebranto
cayó Israel... Rasgad el sacro velo,
Vírgenes de Sion, en pena dura;
¡Oh tierra! ¡Oh cielo! ¡acompañad mi llanto!
A tí Jerusalén, ya no hay consuelo...
¿Qué esperas tú, Jerusalén impura.
sino eterna amargura?
tras tí en guerra indignada
peste, y fuego y espada,
furiosos van... el Dios de la clemencia
ya no es Dios de Israel... tú has enojado
su brazo vengador, que ha traspasado
y estrañas gentes de Jacob la herencia,
á de ira primogénita la llama,
¡oh pueblo aborrecido! en tí derrama.

En la hora terrible, misteriosa,
cuando la tierra y cielo enlutecidos
gimen, y el hombre yace en sueño blando,
suena en Gólgota voz, voz dolorosa
que clama entre espantosos alaridos,
Jerusalén! ¡Jerusalén! llorando.

Repite suspirando
su tristísimo canto
El Cedron turbulento;
véñse vagar por la tiniebla fría
mil sombras, sollozando amargamente,
que en eco funeral y voz doliente
claman: «¡Jerusalén! ¡ay de tí impia!
»Tu Dios, ¡tiembra! ese Dios por tí ultrajado
«com» adultera vil te ha repudiado.»

A. APARICI GUIJARRO.

PAULINA RUBENS.

(Primera parte).

(Continuación.)

Paulina levanto los ojos al cielo y pidió á Dios
perdon por haber podido dudar un instante de su
misericordia.

Mientras que Mr. y madama Van-Eyckens se
resignaban á la pobreza y al trabajo, la noticia
de la quiebra del negociante se esparcía con
consternación por toda la ciudad de Amberes;
porque apesar de la cesión del patrimonio de Pau-
lina, debían perder los acreedores una tercera
parte de sus créditos y esta tercera parte ascen-
día á cerca de un millon. La generosa abnega-
ción de la jóven esposa hubiera pasado en París
como un rapto de locura y se hubiera mirado co-
mo un acto heroico á lo menos el sacrificio que
ella hacia de su fortuna y la de su hijo en favor
de unos estraños, que no tenían derecho ninguno
legalmente. Pero en Amberes en donde duraban
las costumbres sencillas y leales del Brabante,
nadie encontró motivo de admiración en la con-
ducta de madama Van-Eyckens, que no habia,
según ellos, sino cumplido lisa y llanamente su
deber. Con dificultad atenuaba su sacrificio el
golpe que habia recibido el honor de su marido
por el éxito fatal de sus empresas comerciales.
Los acreedores se repartieron tranquilamente
los despojos de su deudor, sin inquietarse por la
miseria que acarrearían á su muger ó hijo. Sin
embargo, merced á las gestiones é inteligencia
de algunos amigos del banquero y especialmen-
te del dependiente principal, el honor de Mr.
Eyckens se salvó y la quiebra no se declaró de
un modo público y legal. Tales fueron las nuevas
que recibieron los dos esposos en París y debe-
mos decir quien fué el portador de ellas.

Una mañana temprano, Paulina, con su cesta
al brazo, volvía del mercado de San José, adon-
de habia hecho el surtido para su alimento dia-
rio, sin que ni la distancia ni el cansancio la im-
pidieran esta larga caminata con tal de comprar
los géneros mas baratos que á los revendedores
del barro; vestida de un modesto traje y doblada
bajo el peso de su carga, andaba lo mas aprisa
que podia, cuando oyó una exclamación. Levan-
tó la cabeza y encontró delante de sí á Bella, á
la fiel criada Bella.

III.

EL TRAJE DE TERCIOPELO.

Al ver á su ama reducida á tal extremo de pobreza, la buena muger no pudo reprimir sus lágrimas y sollozos.

—¿Tú en París, Bella? exclamó Paulina.

—Llegué esta mañana, respondió la criada, y veo que he hecho bien porque de aquí en adelante tendreis á lo menos quien os sirva. ¡Dios mío! cuante me va ha hacer llorar el recuerdo del espectáculo que he visto hoy!

—¿Luego por mí, por mí solamente has venido á París, mi querida Bella?

—¿Y por quien habia yo de venir? ¿No soy criada vuestra desde que nacisteis? ¿No he sido yo quien os ha educado? ¿Vuestra madre, aquella angelical señora, no ha muerto en mis brazos? En Amberes yo lloraba de dia y de noche, tenia el corazon traspasado. Por fin, no pudiendo aguantar mas, fui á preguntar al dependiente del amo, las señas de donde os hallaria y el camino que debería tomar para venir á París. El me dió dinero para pagar un carruaje, yo le tomé, pero he venido á pié. El viage ha sido largo y un poco cansado: hacia jornadas largas para reunirme mas pronto con vos. Todo fué bien hasta mi llegada á París, pero, Virgen Santísima, luego que puse el pié en esta ciudad, no se lo que ha sido de mí. Me embrollaba con tanta calle y no sabia hácia que lado debía ir. Por fin, á fuerza de preguntar y de perderme, heme aquí junto á vos. Os vuelvo á ver, veré tambien al amo, y á mi pequeño Adriano. ¡Jesus, Jesus, estoy por bailar aquí en medio de la calle!

—Bailaras si quieres allá arriba porque ya hemos llegado á nuestra casa.

—Y yo ¡que tonta! Pues no os he dejado venir con el cesto! He perdido sin duda la cabeza. Ya se vé; la alegría de volveros á vea.

Bella cogió la cesta apesar de la resistencia de su ama. Al llegar al primer piso se detuvo.

—No, aun no hemos llegado, dijo Paulina sonriéndose; todavia nos faltan tres pisos que subir.

—¿Son campanarios la casas de París? preguntó Bella volviéndose á cargar con el cesto, y subiéndole alegremente los escalones.

La presencia de Bella en la familia de Van-Eyckens acarreó una persona más á quien alimentar, pero alivió á Paulina de los trabajos más

penosos de la casa y la permitió dedicarse á bordar y aumentar de este modo la escasa renta, que constituia toda su fortuna. Jorge ganaba 130 francos mensuales, sin contar las copias que le encargaba por las tardes un portero de la vecindad. El producto del trabajo de Paulina ascendia á 25 francos poco más ó menos; por último cuando el mes era bueno, los ingresos subian hasta cerca de 200 francos. Gracias á la severa economía del ama de la casa, y al feroz ahorro de Bella, no se gastaban sino las dos terceras partes de esta suma. Bella, se echaba en cara por decirlo así, cada pedazo de pan que comía y por las noches cuando se subia á una especie de desvan que habia alquilado para ella en 25 francos al año, jamás encendia lumbre. Pronto tomó á su cargo la asistencia de dos viejos solterones, que habitaban en la misma casa, y de cuando en cuando deslizaba en la gabeta de su ama una ó dos piezas de 5 francos, conservando su frente serena é imperturbable cuando aquella, apesar de sus calculos y asientos en su libro de gastos se admiraba de hallarse más rica de lo que debía. Bella no era pródiga sino con Adriano; rara vez iba á pasear con el niño á las Tullerías, que no le comprara alguna friolera ó algun juguete; Adriano era su alegría, su orgullo, su adoracion. Cuando Bella enjuta y huesosa, con su papalina, tenia de la mano á Adriano, bien vestido lindo y encantador se sentia la buena muger con mas alegría y orgullo que un monarca. Miraba con desprecio á los demas niños y cuando volvia á casa no dejaba de contar á madama Van-Eyckens la superioridad en trage y belleza de su hijo sobre todos. Un dia que estaba sentada en un banco en el jardin real, oyó á dos señoras que hablando entre sí decian que los niños no estaban bien vestidos sino con un trage de terciopelo. Desde entonces Bella concibió la idea oxorbitante de ponerle un trage de terciopelo á su niño, como ella le llamaba. Para este fin, trabajó dia y noche en remendar ropas y acabo finalmente por reunir la suma necesaria para comprar el objeto de sus ardientes deseos.

Sin embargo, faltaba lo más difícil, era preciso hacer aceptar el regalo á Madama Van-Eyckens.

Una mañana, despues de haber servido el almuerzo, Bella empezó á dar marchas y contramarchas cambiando á veces el mismo plato y sin acabar nunca de limpiar la mesa. Por último toda encarnada, llena de vergüenza y palpitándola el corazon profirió este exordio.

—Bien necesita un trage de terciopelo el niño Adriano.

Paulina alzó los ojos sobre Bella y la miró con sorpresa.

—Digo que Adriano necesita un traje de terciopelo, repuso la flamenca que parecia estar muy ocupada en quitar de un vaso un poco de polvo que realmente no tenia.

—Pero un vestido de terciopelo cuesta caro y sobrepaja con mucho lo que nosotros podemos gastar en vestir á mi hijo. Acaso no soy aun bastante prudente en este asunto y debia ser mas modesta y económica en sus adornos.

—Todos los niños tienen en las Tullerias trajes de terciopelo, continuó Bella con ciega intrepidez; y echando sobre la mesa el corte del vestido, echó á correr.

Madama Van-Eyckens la llamó.

—¿Qué haces tú, loca? le dijo con el tono de una dulce reprimenda ¿qué haces tú?

Y alargó la mano con emocion á Bella.

Esta avergonzada se refugió de nuevo en la cocina y no se atrevió en todo el día á mirar cara á cara á su señora.

El dia siguiente, á cosa de la una, cuando Bella acabó de sus quehaceres, se encontró á Adriano vestido con el traje de terciopelo, Paulina habia estado la víspera hasta la media noche para concluirlo.

Bella salió llevando de la mano al niño, ufano con su nuevo vestido. Este dia ni aun el rey era digno segun decia la Flamenca, de llamarla *mi querida prima*, como acostumbra con los demás soberanos.

IV.

EL CACHETE.

Paulina se creeria completamente feliz si los padeceres y sufrimientos no minaran claramente la existencia de su esposo.

En vano le daba ella el ejemplo de resignacion serenidad y trabajo, nada podia impedir la lúgubre consuncion de Jorge. Salia por la mañana temprano para ir á su escritorio adonde desempeñaba sus trabajos con una habilidad y exactitud que le habian atraído la voluntad de sus favorecedores, pero vuelto á su casa todos los esfuerzos de su muger para procurarle alguna distraccion y hacerle sonreir eran inútiles. Bajo la calma que aparentaba Mr. Van-Eyckens para complacerla, ella leia su desesperacion. Paulina, no obstante, no se inquietaba demasiado por estos síntomas melancólicos; conocia que una caída desde tan alto debia dejar en el coracon largos dolores y sufrimientos duraderos; pero confiaba en el tiempo, en la costumbre y en sus propios

esfuerzos para quitar á los recuerdos toda su tristeza y amargura.

Levantada desde el amanecer y libre de los quehaceres materiales por Bella, Paulina ocupaba todas sus horas en el trabajo y la educacion de su hijo. Parecia que Adriano no ignoraba la posicion en que le colocó la suerte y correspondia á los cuidados de su madre con una inteligencia superior á su edad; en pocos meses aprendió á leer y empezó á escribir bastante regularmente para que su padre le confiara algunas copias. La primera vez que tuvo este honor, su alegría fué extrema y redobló su aplicacion. Su madre se sentia conmovida viéndole empezar los preludios, digámoslo así, de la vida de pruebas que la fortuna le reservaba.

Entretanto los asuntos de Mr. Van Eyckens se habian concluido del todo en Amberes: debia á sus acreedores la suma de doscientos cincuenta mil francos, para cuyo pago no habian fijado época ninguna; conocian la actual pobreza del negociante y se habian contentado con el acta que marcaba su crédito, que ninguno de ellos pensaba cobrar nunca.

Esta mancha sobre el armiño de su blason comercial afligia á Jorge mas que la pobreza á que se hallaba reducido. Presente sin cesar á su imaginacion, se le aparecia en sueños y por el dia se cruzaba entre él y su trabajo. Los consuelos de Paulina se estrellaban contra esta idea fatal y fija. Veíase deshonorado para siempre, espuesto á la vergüenza de que cualquiera le pudiera echar en cara impunemente este borron; ¡No trasmítiría á su hijo el nombre intacto que él habia recibido de su padre! Estas ideas asesinan! Así era que la palidez de Jorge se aumentaba visiblemente; Una vejéz anticipada encanecia sus cabellos y arrugaba su frente.

Una tarde volvió á su casa con una alegría desacostumbrada que casi asustó á Paulina porque habia en ella un no sé qué de raro y febril...

—Vamonos al teatro esta noche, mi querida amiga, dijo al entrar.

—¿Al teatro? preguntó su esposa con sorpresa. ¿Pues quien te ha regalado billetes?

—Acabo de tomar un palco para la ópera, contestó él enseñando el billete.

—Y has gastado tanto dinero? repuso ella con dulce reconvencion. ¡50 francos!

(Continuará.)

E. B.

LA CRUZ DEL MONTE TAVER.

*«Con este signo vencerás.»
(Inscripción del Lábaro
de Constantino).*

I.

La Cruz de madera.

Hace más de diez y ocho siglos que un viajero fatigado se dirigía hacia la Romana Barcina. Era un varón de mediana edad, y sus bellas facciones presentaban en toda su pureza y sin mezcla alguna, las correctas líneas del tipo judaico sin notarse en ellas la bajeza que su delito ha impreso hoy en el pueblo deicida: sus cabellos y barba negros estaban salpicados de algunas hebras de plata, y se conocía que las penalidades más que la edad, habían hecho nacer aquellas canas prematuras, pues su frente era tersa como la de un joven, y su mirada de ojos negros y brillantes, tenía toda la pureza de una virgen, lo cual era bellísimo en el rostro de un hombre y le daba un sello casi divino, pues puro era y virgen el hombre que poseía aquella mirada. (1)

El viajero se detuvo antes de penetrar en la ciudad. Era muy temprano, hacia poco que empezaba el día, El cielo estaba puro y sin nubes, las aves cantaban sobre las copas de los árboles, y los naranjos y limoneros que rodeaban las villas vecinas esparcían sus perfumes de azahar, que se mezclaban con los olores de las plantas silvestres que crecían en los montes que rodean la ciudad y el salobre olor del Mediterráneo que lamía los pies de la bella Barcina. El sol, como un globo de fuego, parecía salir de dentro de las aguas, las cuales y la ciudad doraba con sus nacientes rayos, comunicándoles un tinte rosado semejante al nácar. Extático permaneció el viajero en vista de tanta belleza, y exclamó para sí con los ojos húmedos de lágrimas: «Hermosa ciudad, perla de Iberia: á tí también me llama mi apostolado. Tú no conoces la verdadera salud, y eres aún pagana; yo voy á traerte la fé, y voy á plantar dentro de tus muros el emblema de nuestra redención. Y sacando de su cinto una especie de cuchillo, cortó de un árbol dos ramas, las más derechas, atólas con el cordón de su cintura, y formó con ellas una rústica cruz, y armado con este trofeo penetró en la ciudad, y metiéndose por sus calles se halló al pié de un pequeño monte, conocido por el monte Taver, por el cual se encaramaban las casas de Barcina, y estaba coronado por el Palacio ó castillo del Presidente. Por la parte del Norte observó que había un espacio como formando plaza, (2) en el cual no había habitación alguna, sólo si algunos árboles balanceaban sus copas al impulso del céfiro de la mañana. Subió allí el viajero, hizo un hoyo con su cuchillo, y plantó la rústica cruz. Los que pasaban le miraron atónitos, y él les llamó: «Hijos de Barcina,

(1) Santiago el Mayor, como san Juan Evangelista su hermano, guardó perpétua virginidad, lo cual le hizo ser muy querido de su divino Maestro.

(2) Hoy plaza de la Catedral ó escala de la Seo,

les dijo, nobles iberos, ¿sabeis lo que esto significa? ¿sabeis lo que es esta cruz? Es el emblema de una nueva vida, la señal de vuestra salud eterna. En ella murió el Hijo de Dios, mi primo, ó mejor segun decimos en Judea, mi hermano, (1) ¿Quereis oír su doctrina? Yo os la diré: para esto he sido enviado á Iberia. Mi Tia, su Madre, acaba de visitarme en Cesaraugusta en donde ha dejado en prenda una columna (2) y una estatua suya. Y yo os dejaré en prenda esta Cruz, y después de cumplida mi misión acá en Iberia, iré á morir allá en Judea, sellando con mi sangre la doctrina que me ha sido revelada por el Hijo de Dios.» Entonces el extranjero dijo cosas tan bellas relativamente á la nueva Religión que predicaba, que arrebatados por su elocuencia casi divina los que le escuchaban, cayeron de rodillas y le dijeron:

«Un Dios habla por tú boca, pues sólo Dios es capaz de decir lo que tú dices. Dinos quién eres y cómo te llamas.» «Yo, dijo el extranjero fijando en el cielo su mirada, no soy más que un pecador; pero el Espíritu Santo, que me inspira, me hace superior á mí mismo. Soy Jacobo, indigno discípulo, primo, ó más bien hermano del Hombre-Dios, y vengo para salvar á Iberia...»

Algun tiempo después el enviado de Dios había salido de Barcina, pero un corto número de fieles cristianos oraban de rodillas al pié de la Cruz del monte Taver.

II.

La Cruz de Plata.

Pasaron siglos, y sobre la noble ciudad colonia Romana primero, Corte de los reyes godos después, cayeron todas las calamidades de las guerras sucesivas, que vinieron las unas tras de las otras; pero siempre con una ú otra forma elevóse en ella la Cruz del monte Taver, y ante ella oraron, antes de dar la vida en defensa de la fé, Euqueria, Teodosio, Víctor, Accio, Severo, Cucufate, Eulalia, Juliana, Semproniana, Félix, Leda, Julia, otro Severo (3), y el sin número de Martires que yacen ignorados en las catacumbas, sobre las cuales, está hoy edificado el templo de los santos Justo y Pastor. Al fin convertidos los reyes godos al Cristianismo, se reedificó el pequeño templo que ya existía en tiempo del primer Severo, obispo y mártir de Barcelona, en el cual se veneraba la Cruz del monte Taver. Vinieron de lejos los hijos del desierto y penetraron en la Ciudad catalana, llevando consigo la muerte y la destrucción, junto con los errores del mercader de la Meca, queriendo avasallar todo al nombre de Mahoma; pero estaba de Dios que los errores del falso profeta habían de estrellarse ante los resplandores de la Cruz del monte Taver, cuyo templo resistió el empuje de los hijos del Islam, Cuando el rey de Francia Ludovico Pío penetró en

(1) Primo por parte de madre, por ser primas hermanas María, madre de Jesús, y María Salomé madre de Santiago.

(2) El santo Pilar de Zaragoza, y es tradición que de vuelta de esta ciudad hizo Santiago estancia en Barcelona, y plantó en ella la Cruz del monte Taver, que fué el origen de nuestra santa Basílica, la cual, segun esta tradición, sería la segunda iglesia de España después del Pilar de Zaragoza.

(3) Santos hijos de Barcelona, excepto san Cucufate, que si bien africano, fué su segundo apóstol; todos los cuales fueron martires.

Barcelona, arrojando de ella á la vil morisma, fué con su ejercito á postrarse de rodillas en el templo en el cual se veneraba la cruz del monte Taver; y cuando en 985 y en 993 se elevaba aún el templo medio arruinado por sucesivos ataques de los hijos de Mahoma, los fieles barceloneses lo repararon en parte, hasta que ruinoso á causa de su antigüedad, en 1046 se demolió para elevarse otro en su lugar por la piedad de los condes de Barcelona Ramon Berenguer I é Isabel (2), once años mas tarde, en 1058; pero la nueva iglesia más adelante fué insuficiente para los fieles que iban á venerar la santa Cruz, y al piadoso monarca don Jaime II de Aragon concibió la idea de derribarla y erigir otra en su lugar, como se efectuó, poniendo la primera piedra en 1.º de Mayo de 1298, y los barceloneses vieron elevarse de nuevo un bellissimo templo dedicado á la Cruz del monte Taver concluyéndose en el año 1451, lo que hay edificado, siendo uno de los mas bellos edificios del arte cristiano.

Allí sobre cimientos en los cuales hay enterradas reliquias insignes de nuestro Señor Jesucristo, como son del Pesebre en el cual nació, del santo Sepulcro en el cual fué enterrado, de la Cruz en la cual murió, junto tambien con un pedazo de túnica de la Santísima Virgen, sangre de san Juan Bautista, de los santos Lamberto, Ugeleto, y Paneracio, y los huesos de santa Columba, vírgen y mártir, y de san Severo, obispo y mártir, de Barcelona (3), sobre estos preciosos cimientos se ve un primoroso retablo, obra bellísima del estilo gótico, cuyas aristas se levantan caladas como primorosos encajes de oro, ostentando en su centro una cruz de plata. Es la Cruz del monte Taver. Es el recuerdo de la que plantó Santiago cuando habló por primera vez en nuestra querida patria; es tal vez el segundo templo cristiano de España. Y cuando en dias aciagos en que parece que la ciudad condal está pronta á desaparecer; cuando guerras, pestes, bombardeos han amenazado su existencia, un rayo de esperanza nos anima siempre: miramos su cielo de zafir y vemos elevarse hácia él como dos colosales gigantes las gótico-aragonesas torres de nuestra pontificia Basílica (4), y una voz de esperanza resuena en nuestro corazon, y nos decimos: «No, no perecerá la noble ciudad laletana, la primera de España, la princesa del Mediterraneo, mientras se levaten las robustas y altas torres de la Catedral, en la que se cobija y venera la Cruz del monte Taver.

F. de P. Capella.

(2) El P. Pujades es de parecer que cuando se edificó la tercera catedral de esta ciudad fué cuando el conde de Barcelona era casado con Elisabet, Isabel ó Isabeu, pero otros son de parecer que lo era con su segunda esposa Almodis de Carcasona, que está enterrada en dicha Catedral cerca de él.

(3) Cuando se derribó el retablo mayor de nuestra Catedral en el siglo XVI y se substituyó por el actual, en sus cimientos se encontró una lápida que expresaba que allí se guardaban las reliquias referidas.

(4) Por especial gracia del Sumo Pontífice Pío IX, de feliz memoria, fué agregada á la Basílica de san Juan de Letran, con todos los privilegios que goza.

CORRESPONDENCIA.

Montejicar. Señor don E. G., recibí los 8 rs., deja pagado hasta fin de abril del 80.

Montejicar. Señora doña C. C., abonado en su cuenta 14 rs., ó sea hasta fin de abril del 80.

Ariño. Recibí los 32 rs., estoy conforme con lo que indica de dejar abonadas las dos suscripciones hasta fin de marzo del 80, los precios y condiciones de las obras puede verlos en el número 4 y 5 del año 79.

Alcalá la Real. Señor don don M. T., conforme con su cuenta, deja abonado hasta fin de abril del 80.

Arico, (Canarias.) Señor don A. M. B., envié dos suscripciones, le anticipo las gracias por su promesa del mes de julio.

Badalutosa. Señora doña D. S., conforme con lo que indica del mes de Agosto.

Sevilla. Señor don A. H., deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Antequera. Señor don J. M., recibí los 12 rs., queda abonado hasta fin de marzo del 80.

Alcalá de Guirrea. Señor don D. L. de I., recibidos los 22 rs., queda pagado hasta fin de marzo del 80.

Arahal. Señora doña C. P. de T., recibidos los 40 rs. deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Alcalá la Real. Señora doña M. P. A. C., conforme con lo que indica, deja abonado hasta fin de octubre del 80.

Barceo. Señor don A. A., remitimos los números que pide. Le recordamos su promesa hecha en abril.

Buenaventura. Señor don D. P., con los 16 rs. que envia, deja pagado hasta fin de junio del 80.

Ceuta. Señor don L. de C., recibí los 24 rs.

Canredondo. Recibidos los 24 rs., abonando hasta fin de abril del 80. Le enviamos los números que reclama.

Fernan Nuñez. Señora doña O. M. deja abonado hasta fin de febrero del 80.

Valmeo. Señor don M. G. B., recibidos los 22 rs.

Aspe. Señor don C. S., cumplido su encargo.

Coin. Señora doña R. H., son en nuestro poder los 24 rs.

Cirauqui. Señor don M. M., recibidos los 10 rs. deja abonado hasta fin de abril, y llegada esta época cumpliré su encargo.

Icod. (Canarias.) Señora doña J. D. de D., anotados los 24 rs., con los cuales deja abonado hasta fin de abril del 81.

Laguna. Señor D. A. F. G., tiene abonado hasta fin setiembre del 80, hecha la traslacion que nos manifiesta.

Las Palmas. (Canarias.) Señor D. C. O., recibí los 28 rs., con los cuales deja abonado hasta fin de diciembre del 80., le remitimos los números que pide.

La directora.

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia».